

Una IU para un nuevo país Construyendo un movimiento político y social socialista, feminista y ecologista

XI Asamblea de Izquierda Unida

¿Qué diagnóstico se realiza sobre las consecuencias del conflicto capital-trabajo en la clase trabajadora y en las clases populares, de la crisis en términos económicos, sociales, culturales, y políticos?

Diagnóstico: crisis del capitalismo neoliberal

Nuestro país continúa padeciendo la grave crisis económica que se desencadenó tras la crisis financiera internacional de 2007-08. La crisis financiera era la punta del iceberg de la decadencia de un sistema económico internacional que ya se ha mostrado incapaz de un crecimiento sano. Esta crisis económica es consecuencia de factores externos, como es el estallido de la burbuja financiera en Estados Unidos, y también de factores internos, como la burbuja inmobiliaria de España y el modelo de crecimiento basado en el endeudamiento. Pero la presente crisis es, ante todo, una crisis del *régimen de acumulación neoliberal* que ha regido en las economías desarrolladas durante las últimas décadas.

Este régimen de acumulación neoliberal ha ido sustituyendo progresivamente, desde la década de los setenta y ochenta, al sistema de acumulación fordista que había caracterizado a las economías occidentales desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Las implicaciones de este fenómeno son extraordinarias, y no se puede entender la actual cartografía de nuestras sociedades sin atender al tipo de cambios que han acompañado la transición entre estos regímenes de acumulación.

Y es que estas transformaciones han modificado la estructura de clase de los países occidentales, también en España. Se han hecho dominantes nuevas formas de producción flexible, basadas en sistemas de externalización y de utilización de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación; las relaciones laborales se han precarizado; se ha producido una desindustrialización general de las economías y con deslocalizaciones hacia países con mano de obra más barata; además, existe una mucho más dura competición salarial a la baja. En suma, se ha extendido el tipo de trabajo flexible, mal pagado y precario, debido también a las nuevas y laxas normativas en materia de derecho laboral.

No obstante, el neoliberalismo, como proyecto económico e ideológico, está tratando de resolver la presente crisis mediante las mismas políticas que han dominado en las últimas décadas. Los llamados planes de ajuste o reformas estructurales buscan una nueva configuración institucional que permita mejorar aún más las expectativas del capital. La desregulación de los mercados, el incremento en la explotación laboral y las privatizaciones son asimismo parte del desmantelamiento de los mecanismos sociales que aún siguen en pie en algunos Estados.

Estas medidas, aplicadas de forma indiscriminada por los gobiernos de toda Europa, tanto socialdemócratas como liberales, han supuesto un brutal empeoramiento de las condiciones materiales de vida de las clases populares. En términos de desempleo, falta de acceso a una vivienda, precariedad, privaciones fundamentales, desigualdad y pobreza en general la situación de nuestro país no hace sino empeorar cada año. Vivimos en un escenario de emergencia social que alcanza cada vez a más amplios sectores sociales.

El panorama resultante es de relativa bonanza macroeconómica y claro malestar microeconómico, puesto que las políticas neoliberales promueven un grado muy alto de desigualdad. Transitamos hacia un modelo económico-social en el que la desconexión entre los índices macroeconómicos y el bienestar de la población es cada vez más profunda. Las condiciones materiales de vida, especialmente en la periferia europea y, sobre todo, entre los sectores más vulnerables, se degradan al mismo ritmo que crecen los beneficios de las oligarquías. Porque la lucha de clases es una tensión constante entre la parte que se apropian los propietarios de los medios de producción frente a la parte destinada a los salarios y gasto social. Y esa lucha ha retrocedido, la amenaza de las revoluciones ha retrocedido y en consecuencia aumenta el índice de explotación a favor de las rentas del capital en detrimento de las rentas del trabajo. Sin embargo, este proceso agudiza las contradicciones propias de la dinámica del sistema capitalista.

Y es que para sostener el crecimiento económico el neoliberalismo sigue alimentando las burbujas financieras, implicando nuevas y más fuertes crisis económicas. En los últimos años los planes de rescate bancario se han acompañado de enormes ayudas a los bancos por parte del Banco Central Europeo y que han inundado de dinero los mercados financieros. El horizonte es, en consecuencia, el de una nueva crisis financiera que recaerá sobre economías cada vez más débiles y sobre situaciones sociales más precarias.

En el marco español, y aunque la lucha sigue abierta, hay en marcha un proceso de restauración oligárquica. Las constituciones son siempre el resultado, aunque sea distorsionado, de la correlación de fuerzas en la sociedad, y la de 1978 con todos sus defectos fue elaborada tras una ofensiva del movimiento obrero y una crisis profunda de la clase dominante. En el presente vivimos una ola de reacción en el terreno legislativo, que se ha recrudecido en la última etapa buscando un endurecimiento de las normas legales para intentar ahogar la protesta social frente a la crisis.

La oligarquía ha logrado que se inicien una serie de reformas encaminadas a adaptar nuestras instituciones jurídico-políticas a las necesidades de este capitalismo en crisis. Las sucesivas reformas estructurales tienen como objetivo consolidar el régimen de acumulación neoliberal y facilitar así la constitución de un nuevo orden social caracterizado por la precariedad y el ajuste salarial permanente. En este sentido, la primera de las víctimas de este proceso constituyente es el propio *Derecho del trabajo*, en tanto que se ha convertido en el principal obstáculo para la revalorización del capital en las nuevas condiciones económicas y sociales. Con esta lógica los gobiernos del bipartidismo han aprobado duras reformas laborales que precarizan aún más el componente salarial.

A ello hay que sumar el tipo de inserción en la economía mundial. La economía española ha basado su crecimiento reciente en un modelo de endeudamiento que era insostenible y que implicaba enormes déficits comerciales, entre otros desequilibrios. El objetivo de la oligarquía es transitar hacia un modelo basado en los bajos salarios y en el que las exportaciones netas sean las que empujen el crecimiento económico. Eso sí, dada la estructura productiva de la economía española la única posibilidad es la competencia en sectores de bajo valor añadido y, en consecuencia, con enorme precariedad laboral.

Así, el conflicto capital-trabajo se ha agudizado en los últimos años. No sólo porque el número de desempleados y desempleadas haya aumentado de forma exponencial sino también porque la participación de los salarios en la renta ha caído en picado en las últimas décadas. Al mismo tiempo, se han reducido mucho más los salarios de los trabajadores y trabajadoras peor pagados que el de los mejor pagados, de tal forma que se ha incrementado la desigualdad entre los propios perceptores de salario. También se ha reducido el tiempo de permanencia en la empresa, llevándonos a un mercado de trabajo aún más dual que antes de la crisis.

Pero no sólo el conflicto capital-trabajo está empeorando las condiciones de vida de las clases populares. También el patriarcado sigue cobrándose a las mujeres como víctimas del machismo y de su violencia. Los asesinatos de mujeres a manos de los hombres siguen sin contar con una adecuada respuesta de la administración pública. La brecha salarial y las desigualdades laborales entre hombres y mujeres, alcanza desde 2015 el 24 % en nuestro país, una brecha que aumenta más aún para las mujeres con mayor edad. Las mujeres deben trabajar 88 días más para percibir el mismo salario que los hombres. Y otros tipos de violencia machista, tales como el acoso o los micromachismos dominan nuestras vidas cotidianas insertas dentro de cierto despreciable sentido común.

Al mismo tiempo, el conflicto capital-planeta también se ha agudizado como consecuencia de la mayor competencia económica internacional y de la producción masiva de productos a partir de la transformación de materiales finitos mediante el consumo de energías fósiles. Esta competencia internacional se manifiesta en una carrera por el acaparamiento de los recursos naturales, y peor aún, una carrera por el acaparamiento de los derechos de acceso a esos recursos. El cambio climático prosigue su curso mientras la inmensa mayoría de los gobiernos desarrollados miran hacia otro lado. La amenaza ecológica es tal que es imposible pensar ningún proyecto político que no integre la perspectiva ecológica y un horizonte de sociedad solar.

Cada vez es más evidente que el Capitalismo no es reformable en un sentido positivo para la mayoría social, por lo que reafirmamos nuestra aspiración a construir el socialismo en el Siglo XXI. Todas las alternativas económicas para nuestro país pasan por diversificar la estructura productiva, redistribuir el tiempo de trabajo y hacer de los salarios el motor esencial de una demanda autocentrada. Ello implicaría políticas de redistribución de la renta y de inversión pública, así como el fortalecimiento del Derecho del Trabajo, si bien la mayoría de ellas chocan frontalmente con la camisa de fuerzas de la actual Unión Europea, especialmente por el papel del Banco Central Europeo, la arquitectura institucional y los últimos tratados y pactos por la austeridad.